

ARCADIO

ZENTELLA

CARTAS

ENCICLOPEDIA

PQ7297

.Z458

C3

R.



1020028424

CARTAS ENCICLOPÉDICAS

—POR—

ARCADIO ZENTELLA,

CON UN PRÓLOGO DEL

LIC. JUSTO CECILIO SANTA-ANNA.

VALOR DEL EJEMPLAR \$ 1.50.



SAN JUAN BAUTISTA.—TABASCO.

TIPOGRAFIA DE LA COMPAÑIA EDITORA TABASQUEÑA

1ª "Avenida Grijalva" Núm. 10.

1913.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

101139

34251

PQ 7297

• 7458

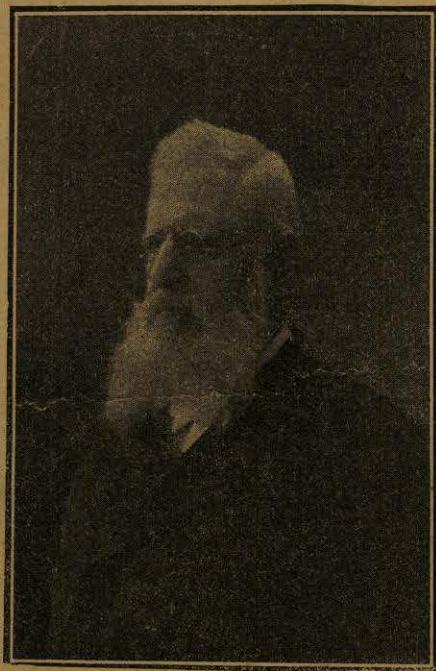
C3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

8/2





PROLOGO.



Si todos, procurando dominar nuestra natural timidez, que á las veces resulta más que excesiva modestia, mal disimulada vanidad, transmitiéramos á nuestro prójimo algo de nuestro grande ó pequeño caudal de conocimientos, la ignorancia general disminuiría á ojos vistas y la humanidad contaría con un activo y poderoso factor de progreso. Por desgracia suele acontecer lo contrario; quien no cree poseer conocimientos especiales en una materia, se abstiene de tratarla, aunque sepa bien que la gran mayoría de sus contemporáneos aprovechará en beneficio propio mucho de lo que sabe, y se abstiene solo por el temor de parecer audaz ó de incurrir en algún error, exponiéndose al ridículo. Conocemos personas que han logrado reunir, á fuerza de paciencia y

trabajo, datos interesantísimos sobre asuntos históricos; que tienen afición decidida y gusto por esta clase de estudios, y se ocupan con tesonero empeño en reunir materiales, muchas veces preciosos y, sin embargo, dejan oculto y sin aplicación útil su tesoro, sólo porque suponen que falta á su estilo galanura y corrección. Si tal hubiera pensado el famoso Bernal Díaz del Castillo, que no fué un literato ni mucho menos, cuántos importantes sucesos de la conquista de Nueva España ignoraríamos, y cuán otro del que, debido á sus inestimables noticias es, sería el concepto que la posteridad tuviera de aquellos trascendentales hechos históricos, oscurecidos y alterados más tarde por historiadores de mala fe.

No es de esos tales, tímidos ó egoístas, más que modestos, el autor de las presentes cartas, que sin otro objeto que el de hacer propaganda de lo que considera benéfico y tal vez indispensable, da de lo que tiene, sin preocuparse de cómo sea recibida la dádiva, y si las denomina CARTAS ENCICLOPÉDICAS, no ha de ser porque pretenda haber

resumido en ellas la totalidad de los conocimientos humanos, lo cual sería intento vano y atrevido, sino para poder agrupar bajo una rúbrica amplia, permítasenos decirlo así, diversas materias importantes, sin quedar obligado por ello á disertar extensamente sobre cada una, ni á seguir un plan de unidad y concatenación rigurosa. Ha querido probablemente espigar á su sabor y con toda libertad en diversos campos, tratando las cuestiones más interesantes y cuyo estudio considera de mayor provecho, con la tendencia bien marcada y patente de destruir errores y preocupaciones inveteradas, que hacen más daño del que á primera vista, y consideradas las cosas superficialmente, puede suponerse.

Se ve claro que el autor trata de ponernos en guardia contra las exageraciones del sentimentalismo, que, en sus extravíos, parece complacerse en ahondar y revivir constantemente las propias heridas, procurando á la vez librarnos, hasta donde esto sea posible, de la influencia de nuestros antepasados y, con ella, de ideas preconcebidas que, como todo lo aceptado á priori, son una fuente de error,

y nos alejan de nuestros únicos guías seguros: la observación y la experiencia. Para ello nos lleva de la mano á través de la maraña de consejas y supersticiones que han envuelto al hombre como en una red, acaso ejerciendo, por otra parte, una acción moderadora sobre sus instintos de progreso y representando una ley biológica que parece ineludible.

En la quinta carta, aborda el estudio de una cuestión verdaderamente trascendental, la de la "materia," haciendo breve exposición de lo que sobre ella se ha dicho y escrito desde los albores de la ciencia hasta nuestros días; pero como el tema es de suyo tan complicado y vasto, apenas si ha podido tratarlo someramente; que al pretender estudiarlo á fondo, habriale sido necesario dedicarle gruesos infolios. No obstante, consigue hacer una síntesis que basta á dar una idea aproximada del estado de los conocimientos actuales en tan importante asunto, suficiente, á nuestro entender, para que los lectores, aun los menos familiarizados con esta clase de estudios, no den en lo sucesivo importancia alguna á Locke, cuando llama á la materia

... y consideren el *em*
verso, de acuerdo con las últimas investigaciones, como *el resultado de fenómenos producidos por una sola substancia de naturaleza única, el eter*, del cual la "materia" no es más que un estado ó accidente.

Procura desvanecer las nebulosidades que envuelven aún para muchos el concepto de la humana personalidad, demostrando por manera concluyente, á nuestro parecer, que lo que ha dado en llamarse alma ó espíritu no puede ser cosa distinta de nuestro organismo y que el pensamiento es sólo un producto del cerebro. En esta materia ha logrado condensar en las dos cartas que le consagra, todo cuanto la moderna filosofía científica nos ofrece de más racional y preciso.

Lo dicho no significa, desde luego, que aceptemos todas las afirmaciones del autor como verdades consagradas definitivamente por la ciencia, puesto que en esta, en primer lugar, todo es revocable, y sus afirmaciones deben ser tomadas á beneficio de inventario, como muy bien ha dicho Unamuno y, en segundo lugar, porque á las veces el autor gene-

raliza demasiado y esto es peligroso y ocasionado á conclusiones falsas. Por no citar más que un caso, cumple á nuestra sinceridad hacer constar que no estamos de acuerdo con el autor, cuando considera las religiones en términos absolutos como causa y origen de toda clase de males, sin reconocerlas ninguna influencia benéfica, á pesar de que el sentimiento religioso, propio á todos los pueblos, que se manifiesta desde las más remotas edades históricas, está indicando por sí mismo que constituye una necesidad de la humana naturaleza indispensable para el desarrollo del hombre, siendo para este un sostén moral, que ha servido como de báculo, á su paso claudicante sobre la tierra.

Sin duda que las religiones son un tejido de fábulas y prácticas más ó menos absurdas, que chocan á todo espíritu ilustrado; pero así y todo, han prestado señalado servicio á la humanidad amparándola tanto como si representaran una ealidad viva, confortando su debilidad y sirviéndola de consuelo. ¡Cuántos hechos abnegados y heroicos han sido engendrados por un sentimiento de piedad religiosa y hasta por un exaltado misticismo, en muchos casos!

Nada parece más contrario al criterio científico de nuestros días, que la existencia de un demiurgo, origen y principio activo de las cosas, que se nos representa rectificando á la continua su propia obra, á pesar de que se la supone perfecta, y, sin embargo, este mito ha sido, y será aún por mucho tiempo, el consuelo de los afligidos y de los pobres de espíritu. Las religiones, pues, tienen su DEBE y su HABER y hay que abonar á este lo que le corresponda.

Por lo demás, los dogmas, caducos y vacilantes á la hora actual, no podrán hacer ya mucho daño; desde el momento en que comenzaron á ser un estorbo para el progreso evolutivo de la humanidad, quedaron condenados á muerte y el fallo ha pasado ya en muchos casos á ser *rex judicata*.

El presente libro, sea de ello lo que fuere, viene á llenar un verdadero vacío entre nosotros y resulta por todos conceptos útil, sobre todo para las clases humildes, que están en poco contacto con las ideas y conocimientos del siglo, y debe notarse que la serie de cartas que constituye la obra, no está informada por

un mero prurito de combate contra lo que se considere viejo ó rezagado, ó por el deseo de ostentar una alta superioridad intelectual, que revelaría vanidad pueril; sino por el empeño bien definido de propagar ciertos conocimientos y de iluminar con la luz de la experiencia, que es la ciencia misma, los meandros y recodos más sombríos del camino que trabajosamente sigue la humanidad, tratando de aliviar á esta del peso de sus preocupaciones ancestrales, que constituyen un fardo siempre difícil de soportar.

Desacreditar prácticas perjudiciales á la salud y aún á las condiciones económicas de los pueblos, mostrar á estos la verdad tal como debemos concebirla hoy, tratar de desarraigar del humano intelecto cuantos errores y sentimientos lo arruinan falseando los móviles de la vida, y hacen esta, cuando no más difícil más molesta, por lo menos; es labor meritoria, que debe ser apreciada en lo que vale.

Cierto que el criterio libérrimo que campea en estas cartas, no dejará de alarmar á algunas conciencias timoratas, y hasta podría dar ocasión, en otro medio social, á protestas y

censuras, sobre todo, por lo mal paradas que deja la moral de los metafísicos y las cosmogonías religiosas; pero como la verdad se impone siempre y la mentira no puede prosperar indefinidamente en parte alguna, al fin y á la postre las enseñanzas que encierran las "Cartas Enciclopédicas" triunfarán, y popularizarán las ideas del autor, que, por otra parte, son las mismas que están en nuestro ambiente y nutren nuestro cerebro, muchas veces aún á pesar de nuestras protestas y de nuestra hostilidad.

Vayan, pues, á cumplir su misión de propaganda contra el error y la superstición, que constituye el bagaje obligado de la humanidad de todas las edades, fijando y precisando nociones nuevas y conocimientos indispensables para el desarrollo integral de la personalidad humana, y reciba el autor nuestros parabienes, sintiendo nosotros solamente que la pureza de la edición no esté á la altura del texto original, debido á las innumerables erratas que aquella contiene.

J. C. SANTA-ANNA.